

A MODO DE PRÓLOGO

Para contextualizar este ensayo sobre el oficio del crítico doy a conocer la carta que le envié al profesor Juan Rivano, un mentor benigno ya antes de conocerlo personalmente y mantener con él un par de años de correspondencia asidua.

Querido Don Juan

Motivado por la lectura de su *Encierro...*^[1] he redactado unas líneas sin ninguna pretensión, pero sí con muchas intuiciones que quizás desarrolle algún día, de modo escrito, que más probablemente discutiré en diálogo personal con algún amigo filósofo, cuando se presente la oportunidad.

Le contaré que hoy por la tarde en el Oberseminar sobre El Anticristo de Friedrich Nietzsche, al que asisto, se discutía el parágrafo 24, en el que se acusa al cristianismo de haber fabricado un mundo de imaginerías, que para nada corresponderían con la verdadera naturaleza de las cosas, con la realidad. El profesor preguntó, entre otras cosas, qué había de atacable en dicha construcción de imaginerías.

Un discípulo (el Referent) contestó que Nietzsche atacaba una suerte de inconsciencia de la naturaleza puramente imaginada y de nociones como *mundo verdadero, dios, alma*, etc. Yo levanté mi mano y contra argumenté, diciendo que tal vez no se impugnaba tal desconocimiento de la naturaleza puramente imaginada de esas nociones, sino la intención de dominio, muy consciente, tras tales conceptos, con los cuales se les tapa la boca a los herejes y a los críticos. El profesor^[2] rechazó mi tesis, agregando para descalificarla que era un modo muy primitivo de argumentar. ¿Qué le parece?

Esta situación me motiva a traducir o a rehacer en alemán las líneas que he reunido bajo el título *El oficio del crítico*. ¿Cree Ud. que valga la pena?

Por otro lado, he reunido todos sus textos y descubro que he juntado un material bastante voluminoso, estando consciente de poseer sólo una pequeña parte. Más de algo habrá de salir tras la lectura sostenida de su obra.

Lo único que me inquieta es no pecar por reduccionismo al negar para el ser humano cualquier alcance mayor que su pobre sentido común. Algo se violenta en mí cuando se borra de una plumada toda la religiosidad humana. En este aspecto descubro una fuente de plenitud y de humanización que no encuentro en la labor racional recalcitrante. Según creo, opera una ignorancia supina en lo que a poderes mentales se refiere. Por doquier lo único que veo es un ser humano demasiado humano, como reza el título de una obra de Nietzsche.

Querido profesor, dejo la carta hasta aquí para enviársela mañana temprano. Va un cariñoso saludo de mi parte y el deseo para Uds. de un bello verano.

Me alegraría recibir una nota suya, acusando recibo de mis líneas.

Una vez más se despide con cariño sincero,

Gerardo Santana

Basilea, 16 de junio de 1994

EL OFICIO DEL CRITICO

1. Motivado por el nuevo libro de Juan Rivano, *El encierro del Minotauro*[\[3\]](#), reflexiono aquí acerca de la labor crítica. En la Introducción del texto citado, podemos leer:

“No es oficio simpático el del crítico. Nos fastidia porque separa lo que tenemos por firmemente unido. Además, siendo experto en separar, es también experto de lo inseparable: lo establece cuando ya no tiene más que separar. En lo que resulta también detestable; porque, así como tenemos cosas por indisolublemente unidas, también tenemos otras por radicalmente separadas. Por ejemplo, hay quienes unen dictadura y proletariado; hay quienes separan alma y cuerpo. Tanto a unos como a otros, trastocarles lo uno y lo otro es ponerles el mundo patas arriba. También abundan los que unen virgen y madre. ¿Querrá el crítico siquiera examinar una unión así? Para él, lo que sí va unido por siempre son virgen y no—madre, madre y

no —virgen. El intento de unir virgen y madre se frustra solo y a la vista de todos.”
(Cfr. págs. 11 y 12)

Podemos ver, entonces, que el crítico echa mano de lo que se da en llamar, sano sentido común, en algunos casos, como el último citado; y del raciocinio, como en los dos primeros. Su labor será, entonces, despojar al mundo del misterio (haciendo caso omiso, por ejemplo, de “los misteriosos caminos de dios”, negándose a aceptar síntesis alguna que no provenga de la experiencia. Toda unión o desunión realizada a nivel puramente abstracto, la tendrá por sospechosa, cuando no por arbitraria.

¿Quién juzgará, por su parte, sobre lo que une y desune el crítico? No ha de poder ser un crítico, pues nos veríamos conducidos a una regresión infinita, sin hallar por parte alguna la piedra de toque para decidir lo realmente unido o desunido.

Un criterio de decisión podría ser el poner lo que haya establecido el crítico, en contraste con lo que, al mismo respecto, haya establecido el poder (sea político, religioso, económico o filosófico, pudiendo ocurrir que estén unidas todas estas instancias al interior de una determinada sociedad humana.

Por ejemplo, la crítica nietzscheana al modernismo y al concepto de verdad vigente se dirige contra la noción de utilidad, según la cual la verdad ha de ser útil. Él pretende, a su vez, dar a su crítica mayor fuerza y convicción, mostrando que sus juicios no están condicionados más que por lo que a él se le impone como verdadero.

Un criterio para decidir sobre el valor filosófico de una crítica viene a ser, entonces, el grado de confrontación que el crítico alcanza en su pugna con el poder. Por dicha pugna, su crítica será tenida por “destructiva”, en oposición a aquella así llamada, “constructiva”, que a menudo no es más que el resultado de la labor de unos cuantos retóricos al servicio del poder.

El juicio del crítico no deberá ser puesto, entonces, en relación con la verdad (de suyo materia de crítica), sino con el grado de libertad intelectual y de fidelidad consigo mismo, manifestada uniendo o desunido lo que el poder une y desune a

su acomodo (parafraseando a Juan Rivano). Cabe preguntar si es posible que el crítico realice su labor en acuerdo con el poder imperante o si más bien su oficio sólo se justifica como oposición a cualquier forma de asentimiento a fórmulas acuñadas para gobernar. Resulta claro que para un poder ejercido por unos pocos sobre los muchos, la elaboración de mitos (vale decir, de artefactos retóricos sinsentido, como ese engendro mitad hombre, mitad toro, para considerar un mito conocido) resulta una herramienta imprescindible. El crítico, siendo uno de los muchos, se atraerá, sin duda, una animadversión peligrosa, cuando comience su tarea de desmontaje de mitos.

¿Qué lo mueve a ponerse en esta incómoda situación? Ya lo dijimos: la fidelidad consigo mismo como expresión de una verdad personal. Y visto así, aparece a la vista la figura del filósofo, quien, desdeñando ganancias y privilegios, se aplica a una vida regida sólo por las virtudes intelectuales humanas, para evitar tener que aceptar para su vida la imposición de preceptos surgidos desde una supra realidad, con pretensiones de divinidad y eternidad.

A la luz de esto último, figuras filosóficas como Platón, para traer a colación a uno grande, se aparecen más como retóricos o ideólogos que como filósofos. El truco platónico (para hablar sólo de uno) consiste en usar la figura de Sócrates, quien, a pesar de su vinculación con la tradición filosófica y la dogmática posterior, no puede así no más ser puesto como el vocero más adecuado de la filosofía platónica. De Sócrates podemos bien decir que es un dismantelador de mitos. Por esta labor crítica se ganó un veredicto de muerte en su contra. De Platón, no podemos sino afirmar precisamente lo contrario. ¿Quién se atreverá a sostener conmigo la consecuencia de que Platón es un mentiroso de la razón pura? Para mí está claro que no será ninguno que tenga algún privilegio que proteger, desde alturas de aire enrarecido. En este punto comparto plenamente las ideas contenidas en la cita que hace Juan Rivano del texto de Arnold Ludwig, *Importancia de mentir*, desde el cual se comprende mejor la función social y política del mito.

2. Hay un aspecto de la vida religiosa que me gustaría repasar en la mente para ver que quedará, tras lo dicho anteriormente. Se trata de la vida religiosa del budismo

tibetano, del cual me gustaría resaltar su aspecto práctico, instaurador de una casuística rica en experiencias relacionadas con la muerte. Dejo fuera la doctrina de la reencarnación y todas las ideas anexas. Según creo, de aquí les viene a los Lamas su tolerancia respecto a todas las otras formas de realización de la existencia humana. Ellos poseen una experiencia fundada en el ejercicio meditativo y en numerosas experiencias de la muerte, ofreciendo como resultado que el morir es un fenómeno más de la vida, el último. Se trata aquí, entonces, de aprender a vivir, en la medida en que hemos aprendido a morir. ¿O es que estoy mitificando? Con esta pregunta vuelvo al comienzo, pues, de poder mantenernos en el ámbito de una experiencia de la realidad, podremos decidir si en verdad no estamos sólo fantaseando. Mi problema es, entonces, que en la labor crítica no se nos pueda acusar jamás de ignorancia, de falta de experiencia. No sea que unamos lo desunido o desunamos lo unido.

Cuando unimos las manos en saludo a la naturaleza, movidos por un sentimiento de veneración, evidentemente no seremos saludados de vuelta por los árboles o el cielo, evidentemente actuamos sin sentido de la radical separación en que nos encontramos con respecto de aquélla. ¿No restringimos pensando así demasiado nuestra relación con el mundo, así aconsejados sólo por el raciocinio? Este nos aconseja separar las manos y no hacer genuflexiones vanas a aquello que no corresponde. En última instancia, ¿quién determinará lo que procede o no hacer? Ya lo dijimos: el grado de conflicto con el poder y la fidelidad consigo mismo. ¿Cómo nos salvaguardaremos de no estar haciendo como la dama de Navarra de aquel Limerick de Lear, quien, habiendo vivido toda su vida en una jarra, pasa la vida pintándola? No me convengo de obrar radicalmente distinto, cuando pinto la jarra con colores racionales (y se me ha de perdonar estar uniendo razón y color) y cuando lo hago con colores surgidos del sentimiento o la intuición (repito las disculpas).

¿Es que dejamos alguna vez de hablar con metáforas? ¿No son éstas palabras y pensamientos de una materia radicalmente distinta de aquella de la que esté hecha la realidad? ¿No hay siempre una arbitrariedad radical en el establecimiento

de vínculos entre nuestros pensamientos y el mundo que pensamos y decimos? En definitiva y en lo que a mí concierne, si se me habla sin afán de dominarme, pondré como piedra de toque un empirismo ingenuo, para juzgar acerca de lo que mi interlocutor une o desune en su discurso. Si éste es abstracto y pretende convencerme de tener la razón, tendré más cuidado y desarticularé la cadena de razonamientos, desde los principios hasta sus últimas consecuencias (faena fácil de decir y difícil de cumplir). Por lo general se nos domina a través del raciocinio debido sólo a la dificultad de juzgar intuitivamente acerca de “las largas cadenas de razonamientos”.

3. Juan Rivano responde, yo creo muy conscientemente, a un comentario que un crítico chileno hizo a propósito de otro libro suyo, *Diógenes. Los temas del cinismo* [\[4\]](#).

El crítico escribe en su columna de un periódico santiaguino:

“Lo que dice, sin embargo, no puede ir más allá de Diógenes mismo, uno de esos pensadores críticos y aún demoledores que son como la sombra escéptica de los grandes sistemas de pensamiento, en este caso sobre todo el de Platón. Esta raza de filósofos contestatarios es indispensable en la historia del pensamiento, pero, por grande que sea su ingenio crítico, sólo alcanzan un status parasitario, oblicuo y derivado con relación a los filósofos y moralistas de primera magnitud. Rivano, como Diógenes, es un crítico útil, pero a fin de cuentas vive a expensas de las grandes construcciones intelectuales que critica”.

Esto escribe a su vez, Juan Rivano en *El encierro...*:

“También se dice del crítico: ‘Debe aguardar a que otros hagan algo para tener qué criticar, ¡el bueno para nada!’ Lo que me lleva a una conocida anécdota. Le preguntaron a Miguel Ángel cómo hacía estatuas tan perfectas. ‘Yo sólo quito el mármol que sobra’, respondió. ¡Así está mejor! Miguel Ángel crea destruyendo y destruye creando.” (Cfr. opus cit. Pág. 43)

No cabe duda de que resulta mucho más útil para sí mismo el pararse a la sombra de los constructores de Sistemas, tan a la mano de demagogos y defensores de privilegios. Más noble me parece el machacar las “largas cadenas de

razonamientos” con las que están hechos los sistemas, darle duro a la piedra que dejan los dueños de la cantera, que otorgar un asentimiento a su utilidad con un servilismo intelectual que no conoce de ingenio ni de libertad consigo mismo.

La actividad del crítico “destrutivo” es anárquica por autárquica, y no podrá ser reducida a un patrón utilitario, tan de moda en los años de la dictadura militar. ¡Ni atreverse a hablar de hombres que piensan libremente debiera este señor! Ni mucho menos a aceptar ser tenido por crítico. Más se parece a un cura que da la bendición a uniones conyugales o convierte el vino en la sangre de Cristo. Él prefiere decir que Rivano es un crítico útil, cuando en verdad lo tiene por peligroso y destructivo. Si le hubiera tocado en suerte comentar *República* de Platón, seguro lo aplaudiría, con la boca abierta y la razón obnubilada.

[1] Ver nota 3

[2] Dr. Prof. Henning Ottmann

[3] Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 1994

[4] Bravo y Allende Editores, Santiago de Chile, 1991